

La venganza de la chica del PREU

“La LOGSE, en una serie de aspectos, ha sido negativa, porque se inspiró en la ausencia de esfuerzo”. Pilar del Castillo.

Recuerdo la emisión de un programa de debate moderado por Manuel Rivas *—El faro—* en el que tres invitadas analizaban el momento y las perspectivas del feminismo: siempre moderna y radiante, Carmen Alborch desgranaba con lucidez y desde la militancia las realidades y contradicciones de las mujeres en nuestra sociedad, puntualizada a menudo *—llegaron a enfadarse—* por una Lidia Falcón definitivamente guerrera y contumaz, poco dada a miramientos ni florituras, pero brillante en sus planteamientos y valiente, como de costumbre. Hasta aquí todo bien. Pero la tercera en discordia era la entonces directora del Centro de Investigaciones Sociológicas, Pilar del Castillo, a la que ya desde las instancias del poder nos incluían en el grupo de personas de incuestionable trayectoria progresista que, una vez caído el muro y con los pies en la tierra, se incorporaba a un proyecto centrista acorde con los tiempos. Asistimos entonces con privilegio a una *première* de lo que iba a ser el estilo de Del Castillo, a medio camino entre el autismo y el disimulo de lo que realmente se quiere decir, todo recubierto de una pátina de izquierdismo Telva y con el lenguaje tecnocrático de quien ya se ha acostumbrado a dirigir la manipulación de la realidad a través de las encuestas oficiales. Eso, en una lectura no inmediata, porque nuestra ministra de ahora pretendía pasar como persona ajena a cualquier afinidad o devaneo con el Gobierno, independiente y buena profesional, sin más. Así, se acuñó de nuevo la que ya es moneda común, la apropiación del lenguaje que era propio de la izquierda y de su forma de entender la realidad por parte de quienes están en el otro lado, un lenguaje que, al ser utilizado ladinamente, deviene en perversión e induce a engaño; igual que cuando en publicidad se hace uso de una canción que en su origen tiene un sentido determinado *—pongamos, por ejemplo, de solidaridad, o deseo de transgredir—* y que se desvirtúa por completo al ligarla a unos propósitos comerciales que nos dejan inermes a quie-

nes gustábamos del tema: es como si algo de nuestra esencia más íntima también se adulterara.

Hay un género de cine, muy en boga en las producciones yanquis de ahora, que podríamos denominar quien-la-hace-la-paga: es la tentación de propinar a cada una y cada uno lo que en teoría se merecen *—la aplicación de tan exquisita máxima en aquella sociedad abarca una gama que va desde la silla eléctrica hasta el derecho a portar armas—*. Y no sólo me refiero a las películas de Chuck Norris, porque hasta en las cintas de adolescentes asesinos por psicópatas se siguen salvando quienes no han practicado el sexo; recordemos también la galería de damas de las camelias *—mujeres de vida licenciosa que al final purgan sus pecados falleciendo de tuberculosis o metiéndose a monjas, cuyo paradigma en el cine español sería Sara Montiel—* y su variante gay a lo Nijinsky, con muerte intempestiva o locura final incluida. Pues bien, ésa es precisamente la corriente cultural en la que yo atribuiría el empeño contrarreformista de este Gobierno y de este ministerio: no en vano, y en buena lógica generacional, Pilar del Castillo tuvo que ver en su momento *Los chicos del Preu*, aquel clásico del cine ye-yé pa-

trio en el que un Emilio Gutiérrez Caba que llegaba del pueblo casi pierde la beca conseguida a base del esfuerzo de toda la familia, todo por culpa de una mala racha en la que le da por emborracharse por ahí y por salir antes de tiempo con M^a José Goyanes: se utilizaban las contraseñas de la nueva rebeldía juvenil para, cómo no, hacernos tragar finalmente con los valores de toda la vida, con la hora del ángelus y la sumisión a todos los poderes. Apropiarse del lenguaje pero sin alterar el fondo en lo más mínimo; ponerse la piel de cordero sin dejar de ser lobo; dar a cada quien lo que se merece. Porque este nuevo horizonte de reválidas, itinerarios selectivos y leyes de calidades denota no sólo una desconfianza en la actual labor de profesorado y alumnado en su conjunto *—si algo necesita revalidarse es que existen serias dudas sobre su corrección—*, sino también una preocupante nostalgia por aquellos tiempos del preu en que todo estaba preestablecido conforme a un guión escrito por anticipado; en que, a quien se salía de la norma, le era aplicado un serio correctivo. Y es por eso, por nuestro desenfreno y ausencia reiterada de esfuerzo, por lo que se viene preparando este paquete de medidas que volverá a poner las cosas en su sitio. ▲

